

PREGÓN

de

SEMANA SANTA



Iglesia del Carmen

EL BURGO DE OSMA

8 de abril de 2017



Jesús Alonso Romero

Excmo. y Rvdmo. Sr. obispo

Ilmos. Srs. párrocos

Ilmo. Cabildo Catedral

Corporación municipal

Sr. presidente, Junta Directiva y cofrades de la Cofradía del Santo Entierro.

Sr. capitán y miembros de la Guardia Civil.

Representantes académicos y de las asociaciones.

Señoras y señores.

Agradezco a la Junta Directiva de la Cofradía de los Misterios y Santo Entierro de Cristo que me haya concedido el inmenso honor de ocupar este atril para pregonar la Semana Santa de El Burgo de Osma de 2017, aquí en la iglesia del Carmen, donde por vez primera tiene lugar este acto. Gratitud acompañada de reconocimiento a la labor de la Cofradía, refundada el 21 de marzo de 1942 y erigida canónicamente el 29 de julio de ese mismo año por decreto del obispo Tomás Gutiérrez Díez, pero heredera de la Cofradía de la Vera Cruz que comenzó su andadura siendo obispo Raimundo de Salvetat, en los albores del siglo XII, y que fue confirmada por bula del papa Inocencio II el 4 de mayo de 1131. Gracias, cofrades, por vuestro esfuerzo y buen hacer, que han sido decisivos para conseguir que, desde 1998, nuestra Semana Santa ostente el sello de interés turístico regional.

Es verdad que la Semana Santa de El Burgo de Osma tiene un indudable interés turístico, cultural, económico,... hasta gastronómico. Y es bueno que así sea. Pero ni el turismo -o el descanso, o el ocio-, o lo meramente cultural y económico constituyen la esencia de la Semana Santa. Esa no es la Semana Santa que cuando este Sábado de Pasión está decayendo se me ha concedido la dicha de pregonar. Es por ello por lo que, en este trance de pregonero ante tan numerosa y distinguida audiencia, espero que se cumpla en este servidor de ustedes lo de Isaías: que el Señor me conceda “una lengua de iniciado para saber decir al abatido una palabra de aliento”¹, y hago mía la invocación esperanzadora del salmista: “Que te agraden las palabras de mi boca y el meditar de mi corazón llegue a tu presencia, Señor, roca mía, redentor mío”².

Confío en que esta esperanza pueda, en parte, justificar mi atrevimiento, rayano en la temeridad y lindante en la osadía, de haber aceptado la gentil invitación de la Cofradía

¹Is 50, 4-7.

²Sal 19-15.

de pronunciar este pregón. Apelo a la benevolencia de todos ustedes para que puedan entender no esperar la misma profundidad en este pregón a la que alcanzaron los pregoneros que en estos años me han precedido en este empeño y desempeño, tanto en la catedral como en la ermita de San Antón: D. Francisco Pérez González (2003), D. Vicente Jiménez Zamora (2004), D. Tomás Otero Lázaro (2005), D. David Gonzalo Millán (2006), D. Jesús Lapeña Cervero (2007), D. Juan Carlos Atienza Ballano (2008), D. Gerardo Melgar Viciosa (2009), D. Gabriel Ángel Rodríguez Millán (2010), D. Jesús Florencio Hernández Peña (2011), D. Rubén Tejedor Montón (2012), D. Pedro Rodríguez (2013), D. José Sala Pérez (2014), D. Ángel Hernández Ayllón (2015) y D. Alberto de Miguel Machín (2016).

En la Semana Santa celebramos los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, el Hijo de Dios, que se hizo hombre, que padeció, que murió y que resucitó para la salvación del hombre. Esto celebramos en la Semana Santa. Celebramos, sí. Celebramos porque no es solo pasión, por mucho sufrimiento y pasión que fuera; celebramos porque no es solo muerte, por muerte cierta que fuera. Celebramos pasión y muerte porque hubo Resurrección. La Pasión es el camino de la Resurrección, pues fuimos rescatados a precio de sangre, de manera que existe una unión ontológica entre la cruz y la resurrección. No es posible dissociar cruz y Resurrección, porque es en la cruz donde vence Aquel que pende del madero, quien atrae hacia sí a todos³.

En la Semana Santa se hacen presentes realidades que no se quedan en el devenir de unos pocos días hace dos milenios. El drama y la gloria que entonces se vivió están muy presentes en el mundo de hoy y en nuestra realidad individual. Porque allí estaban nuestros miedos en los huidizos discípulos; nuestras traiciones en la negación reiterada de San Pedro; nuestra inhibición y cinismo en la evasión de Pilato; nuestra cobardía en la visceralidad y en la complicidad del pueblo; nuestras burlas ante las desgracias ajenas; nuestra codicia parecida a la de los soldados que se jugaron el único bien material que Jesús llevó consigo al Calvario y del que fue expoliado; nuestros injustos reproches en las palabras del mal ladrón; nuestras bajezas de dar vinagre a quien agua espera de nosotros,... Y también estaba lo mejor de nosotros, esa bondad capaz de ser fiel a toda costa, como María y San Juan, o de arrepentirse en el último momento como el buen ladrón, o de prestarse a cargar un rato la cruz como el cirineo, aún a regañadientes. Pero sobre todo, más que actitudes y conductas de personajes históricos ante realidades que

³Jn 12, 32.

pueden proyectarse a nuestras actitudes y conductas, en esos días, en esos treinta y tres años de hace dos mil, se realizó el plan de redención trazado desde antiguo que nos abrió el camino de la salvación, para que “podamos recibir los bienes prometidos que ahora, en vigilante espera, confiamos alcanzar”⁴.

Por eso, la Semana Santa es mucho más que un reducto simbólico y nostálgico del pasado, una plástica tradición, una curiosidad folclórica, incluso un vestigio sin sentido que hay que ir eliminando como pretende la cultura del materialismo, de la ética de la situación, del nihilismo, del sentimentalismo tóxico, de la dictadura del relativismo... En tiempos del apogeo de la “posverdad”, cuando la verdad es supeditada a una pretendida utilidad, cuando se acepta que nada hay verdadero, que el bien o el mal no son categorías universales sino interpretaciones coyunturales, que no hay ley natural que la ley positiva deba respetar, no es de extrañar que los hombres se crean, ensoberbecidos, pequeños dioses capaces de creer que pueden influir en los ciclos de la naturaleza o que les es lícito decidir quién vive y quién no, o que se considere que ningún rasgo identificador de nuestra cultura pueda ser fundamento de nuestra propia existencia, que ninguna de nuestras tradiciones puedan ser tenidas como realidades vivas.

Anunció Chesterton que vendrán días en los que “se encenderán fuegos para testificar que dos y dos son cuatro, se blandirán espadas para demostrar que las hojas son verdes en verano”⁵. Qué duda cabe de que vivimos “tiempos recios”. No sé si tan recios, o quizá más, como los que en pleno siglo XVI vivió Santa Teresa (“Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, quieren poner su Iglesia por el suelo. No es tiempo de tratar con Dios asuntos de poca importancia”)⁶. Desde luego, tiempos recios son aquellos en los que exponer la obviedad es considerado incitación al odio; en los que hechos objetivos quedan sometidos a la beligerancia de la opinión; en los que demostrar una verdad histórica con las más contundentes pruebas puede ser una ilegalidad; en los que defender el más básico de los derechos es atentar contra un derecho; en los que salvaguardar lo más loable de nuestra cultura y tradición es tenido por retrógrado y objeto de escarnio, mofa y befa. Cómo no evocar, en el contexto de la parábola de la viña, los lamentos de Isaías: “¡Ay de los que a lo malo dicen bueno y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas y de las tinieblas luz”⁷.

⁴Prefacio I de Adviento.

⁵CHESTERTON, G. K.: *Herejes*, 1905.

⁶SANTA TERESA DE JESÚS: *Camino de perfección*, 1, 5, 1566.

⁷Is 5, 20.

Los hechos que celebramos estos sagrados días de la Semana Santa han determinado el devenir de la humanidad, que se ha forjado sobre esos acontecimientos, sobre ese fundamento. Partícipe agraciado de tal fundamento es El Burgo de Osma, de una manera, si cabe, especialmente acendrada por su condición de sede episcopal dentro de su humildad espacial y demográfica. Cuanto más reducido es el marco ambiental de una destacada cualidad que en él se inserta, más influye esa cualidad en su entorno. La villa de El Burgo de Osma está configurada por esa impronta eclesiástica. El Burgo de Osma se siente honrado y orgulloso de su condición de sede episcopal y catedralicia, condición que ennoblece y da relevancia y personalidad a esta población. Y en la Semana Santa se evidencia, como en pocas otras épocas del año, el timbre episcopal de nuestra villa.

La catedral acoge las principales y más solemnes celebraciones de estos santos días, presididas por nuestro obispo (la Misa del Domingo de Ramos, la Missa in coena Domini, la celebración de la Pasión y Muerte del Señor, la Vigilia Pascual y la Misa del Domingo de Pascua). La catedral es la iglesia madre de la diócesis y, como establece la Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada liturgia, “el obispo debe ser considerado como el gran sacerdote de su grey... Por eso, conviene que todos tengan en gran aprecio la vida litúrgica de la diócesis en torno al obispo, sobre todo en la iglesia catedral; persuadidos de que la principal manifestación de la Iglesia se realiza en la participación plena y activa de todo el pueblo santo de Dios en las mismas celebraciones litúrgicas, particularmente en la misma Eucaristía, en una misma oración, junto al único altar donde preside el obispo, rodeado de su presbiterio y ministros”⁸.

La liturgia es el primer e insustituible manantial para adquirir el verdadero espíritu cristiano, por lo que el papa Pío X invitaba a una fructuosa participación en los ritos litúrgicos⁹, teniendo muy presente que a través de la liturgia “se ejerce la obra de nuestra redención” y que toda celebración litúrgica es “acción sagrada por excelencia, cuya eficacia no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia”¹⁰. Por eso, como ha escrito el cardenal Robert Sarah, prefecto de la Congregación para el culto divino y la disciplina de los sacramentos, la liturgia es el lugar privilegiado y singular de la acción salvífica de Cristo en el mundo de hoy, un ámbito de institución divina donde cumplimos el deber de adorar a Dios; la liturgia no es el resultado de la acción de una asamblea humana

⁸Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la Sagrada Liturgia. Roma, 4-XII-1963.

⁹Pío X: *Tra le sollecitudini*. Motu Proprio. 22-XI-1903.

¹⁰Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la Sagrada Liturgia. Roma, 4-XII-1963.

ordinaria; es Dios, y no el hombre, el que está en el centro de la liturgia; en la liturgia no celebramos nuestra propia identidad o nuestras realizaciones, ni promovemos nuestra cultura o los valores humanos, por muy positivos que esos valores puedan ser¹¹. Por eso, la desacralización de la liturgia, haciéndola vulgar y banal, potenciando en la celebración lo lúdico, de modo que parezca no haber mucha diferencia entre la liturgia y lo profano, lejos de conseguir el objetivo de acercar, de elevar, el hombre a Dios, relega a Dios de la centralidad debida y no consigue llenar los templos, sino más bien todo lo contrario.

El vistoso ceremonial, simbólico, visual y musical que se despliega en estos oficios litúrgicos es manifestación de lo que en cada uno de ellos celebramos entre los muros y pilares y bajo las bóvedas de la catedral, punto de destino de las ocho procesiones de nuestra Semana Santa, en las que se muestran de forma gráfica y elocuente los principales episodios de la Pasión por medio de los pasos, es decir, de los pasajes, de las escenas, de la Pasión y Muerte de Aquel “qui passus es pro nobis”. De ahí proviene el término “paso”, del “passus”, del padecimiento, del sufrimiento. Porque estos pasos quedan desvirtuados si tan solo se contemplan como simple expresión de la creatividad formal o como un espectáculo de interés turístico. Quien encarga, crea y lleva un paso lo hace por devoción y para mover a devoción. Los comitentes, los artistas y los cofrades ven en el paso un medio idóneo para transmitir y percibir el misterio de la Redención.

El efecto que las figuras causan en los fieles puede llegar a ser más profundo que todos los sermones, que todas las lecturas, que todas las meditaciones, que todos los pregones... Las imágenes son más asequibles para un pueblo fiel cuya piedad se aviva al contemplar las esculturas que reflejan dolor, padecimiento, angustia o resignación.

Aquí, en la villa episcopal, pasos y capuchones desfilan, por nuestras calles y plazas, recortándose sobre soportales y fachadas, teniendo como incomparable encuadre visual fondos monumentales, al pie de torres y cúpulas, que sirven de singular marco escénico en el discurrir de imágenes y cofrades, al impactante son de cornetas y tambores con maestría tañidos, o a los acordes de las marchas de nuestra excelente banda de música, o en silencio absoluto.

Nuestras procesiones destacan por su recogimiento, intensidad, emotividad y fervor. Quienes vengán a la Semana Santa de El Burgo que no esperen contemplar

¹¹Robert Sarah: *Hacia una auténtica implementación de la Sacrosanctum Concilium*, alocución en la conferencia *Sacra liturgia*. Londres, 5-VII-2016.

alharaca ni bullicio dentro de los desfiles procesionales, han de conformarse con la austera castellanía; que no esperen jolgorio ni desmesura sino sobriedad y contención que son reflejo de la hondonada de los sentimientos que emanan de lo profundo del corazón.

Nuestras procesiones expresan el paso de Dios por nuestra vida. Donde nuestros pasos se encuentran, donde nos saludamos, donde salimos a pasear, donde conversamos, a las puertas de nuestra casa, de nuestro trabajo, de nuestro esparcimiento... por allí es llevada una imagen, por las mismas calles y plazas que nosotros pisamos, con sus cuestras arriba y sus cuestras abajo. Imagen que es como una aldaba en la puerta de nuestro corazón.

Como cada primavera
Burgo de Osma se engalana
para vivir con hondura
su propia Semana Santa.

Semana Santa piadosa
de recuerdos y añoranzas,
de revivir sentimientos
en la esquina de la plaza,
en la altura de un balcón
o detrás de una ventana.

Semana Santa del Burgo
de viacrucis, de calma,
de un sentir de procesiones
-¡por las calles admiradlas!-,
y a burgenses y oxomenses
que enseñan su fe forjada
de gozos y sufrimientos
en la hondonada del alma,
de suspiros de cofrades
cuando los pasos levantan,
de cornetas, de tambores,
de clarinetes, de flautas,

de trompetas, de platillos,
del golpear con la vara
de cada jefe de paso
cuando los pasos se alzan;
de niños y de mayores
con túnicas y con palmas,
con capuchones al cielo
y fijando la mirada
con sus ojos de cofrade
visible tras dos ventanas
rasgadas en el tejido
con el que ocultan su cara.

Semana Santa del Burgo
de torres y de espadañas,
de gladiolos, de claveles,
de soñar con la esperanza,
de la Salve cada noche
al terminar la jornada.

Semana Santa del Burgo
forjada con las plegarias
que en su bella catedral
salen mucho más del alma.

Semana Santa del Burgo
que se vive, que se palpa,
de silencios, de emociones,
del volteo de campanas
cuando el velo de pasión
al son del Gloria se abaja
en esa gloriosa noche
de la Vigilia de Pascua.

La Semana Santa comienza el Domingo de Ramos (*Dominica in ramis palmarum*). Jesús entra en Jerusalén a lomos de un asno, cumpliendo la profecía de Zacarías: “Mira a tu rey que viene a ti: es justo y victorioso, humilde y cabalgando en un asno,... Él romperá el arco de combate, y proclamará la paz a las naciones. Su dominio irá de mar a mar y desde el río hasta los confines de la tierra”¹².

Jesús entra en la ciudad santa a lomos de un burro, el animal de la gente sencilla, y que, además, no le pertenece, sino que pide prestado para la ocasión. No llega en una suntuosa carroza real, ni a caballo, como los grandes del mundo, sino en un asno prestado. Igual que en Belén nació en condiciones de extrema pobreza; cuando entra en Jerusalén reconocido como rey, lo hace teniendo a un pollino como cabalgadura. Es una exaltación de la pobreza, pero no de la pobreza exclusivamente material, porque como ya enseñara Benedicto XVI, “uno puede ser materialmente pobre, pero tener el corazón lleno de afán de riqueza material y del poder que de ella deriva, viviendo en la envidia y en la codicia, con un corazón que pertenece a los ricos. Desea cambiar el reparto de los bienes, pero para llegar a estar él mismo en la situación de los ricos de antes. La pobreza, en el sentido que le da Jesús -el sentido de los profetas-, es estar libres de la avidez de posesión y del afán de poder. Se trata de una realidad mayor que un simple reparto diferente de los bienes, que se limitaría al campo material y más bien endurecería los corazones. Ante todo, se trata de la purificación del corazón, gracias a la cual se reconoce la posesión como responsabilidad, como tarea con respecto a los demás, poniéndose bajo la mirada de Dios”¹³.

Jesús fue recibido en Jerusalén entre aclamaciones. Como entonces, como cada Domingo de Ramos, delante y detrás de Jesús, su pueblo porta palmas y ramos de olivo. Con la palma en las manos, en los balcones, se proclama que Jesús es el Rey. Los niños hebreos -el único vestigio, junto al de los soldados romanos, que hoy queda en nuestra Semana Santa de las pródigas escenificaciones que hace años enriquecían las procesiones- encarnan el conmovedor pasaje de la antífona: “Pueri hebraeorum, portantes ramos olivarum, obviaverunt Domino, clamantes et dicentes: ¡Hosanna in excelsis! Pueri hebraeorum vestimenta prosternebant in via et clamabant dicentes: ¡Hosanna Filio David, benedictus qui venit in nomine Domini!”.

¹²Zac 9, 9-10.

¹³Benedicto XVI. *Homilía del Domingo de Ramos*. Plaza de San Pedro, 9-IV-2006.

Filas de niños hebreos
en el Domingo de Ramos
agitan palmas al viento
en San Antón agrupados
y exclaman, todos contentos,
viendo a su Jesús amado:
¡Hosanna! ¡Hosanna en el cielo
a quien como rey ha entrado!

Y sale la procesión
en el Domingo de Ramos
con el paso de Jesús
sobre un pollino montado.
¡Hosanna! ¡Hosanna en el cielo!
el pueblo fiel va cantando.

El rojo de la liturgia
de obispo y presbiterado
junta reinado y pasión
en un mensaje cifrado.
Y en la catedral... pasión
en emotivo relato:
Jesús, cronista y el pueblo
en el corazón callado
de burgenses y oxomenses
en el Domingo de Ramos.

Pero el pueblo que le recibió con palmas, ramos de olivo y arrojando sus ropas por donde el Mesías pasaba, el mismo pueblo, a los pocos días, pedía su muerte, sin reconocer más rey que al César. Las mismas gargantas que proclamaban “¡Hosanna!” gritan después “¡Crucifícalo!”.

Antes de que entrase en Jerusalén, Juan el Bautista ya había dado a conocer a Jesús y lo señaló. Pero Juan, cuando le vio en el Jordán, no exclamó “¡Hosanna!”, ni lo

identificó como rey, sino como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”¹⁴. Verdadero cordero inocente víctima de sacrificio que se inmola para la salvación del mundo “cuya sangre consagra las puertas de los fieles”¹⁵: “Yo era como un cordero inocente. Me dejé llevar para ser inmolado, como quien lo ignora. Todos mis enemigos conspiraron contra mí, y planearon contra mí proyectos malvados”¹⁶. Pero ese cordero degollado recibirá “el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza”¹⁷.

Antes de que entrase en Jerusalén, otros querían haberle hecho rey, como los testigos de la milagrosa multiplicación de los panes y los peces, pero Jesús se ocultó de ellos¹⁸. No había llegado su hora. Pero ahora sí, porque “sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”¹⁹. El Jueves Santo, Jesús celebró la Última Cena con sus discípulos. En esa tarde, Jesús instituyó el orden sacerdotal, el sacramento de la Eucaristía y nos dejó el mandato del amor (“Ubi caritas et amor, Deus ibi est”)

En el cenáculo, la tarde antes de su Pasión, Jesús oró por sus discípulos reunidos en torno a Él, pero con la vista puesta en sus discípulos de todos los siglos: “los que crean en mí por la palabra de ellos”²⁰. El Miércoles Santo por la mañana, en la catedral, en la celebración de la Missa Chrismatis (Misa Crismal), con la asistencia de buena parte del clero diocesano en torno al obispo, en la que se bendicen los óleos de los enfermos y de los catecúmenos y se consagra el santo crisma, tienen especial sentido las palabras de Jesús en esa tarde del Jueves Santo: “Santifícalos en la verdad, pues tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así los envió yo, y yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad”²¹.

En esa Última Cena, Jesús instituye la Eucaristía. Por la transustanciación, lo que es pan se convierte en el cuerpo de Cristo, lo que es vino pase a ser su sangre. Por eso cantamos en la solemne procesión por las naves de la catedral, antes de colocar el Santísimo en el monumento dispuesto en el baldaquino bajo la cúpula de la capilla de San Pedro de Osma, en lo alto de la monumental escalinata, el himno del *Pange Lingua*,

¹⁴Jn 1, 29.

¹⁵*Exultet* (Pregón pascual).

¹⁶Jer 11, 19.

¹⁷Ap 5, 12.

¹⁸Jn 6, 15.

¹⁹Jn 13, 1.

²⁰Jn 17, 20.

²¹Jn 17, 17-19.

escrito por Santo Tomás de Aquino en 1264, a petición del papa Urbano IV con motivo de la institución de la solemnidad del Corpus Christi:

“Canta, oh lengua,
el misterio del glorioso Cuerpo
y de la Sangre preciosa
que el Rey de las naciones
derramó en rescate del mundo.
Veneremos, pues, postrados
tan grande Sacramento”.

El Jueves Santo no es solo el día de la institución de la Eucaristía -“Sacrum convivium in quo Christus sumitur”-, cuyo esplendor irradia y ensombrece todo lo demás. También forma parte del Jueves Santo la noche oscura del monte de los Olivos, la soledad y el abandono de Jesús que, orando, va al encuentro de la oscuridad de la muerte; la traición de Judas y el arresto de Jesús, la negación de Pedro, la acusación ante el Sanedrín y la entrega a Pilato.

Acabada la cena, Jesús se fue con sus discípulos, como de costumbre, al monte de los Olivos, al otro lado del torrente Cedrón, donde estaba el huerto de Getsemaní. Jesús sale en la noche. La noche es símbolo de la incompreensión, del ofuscamiento de la verdad. Es el espacio en el que el mal, que debe esconderse ante la luz, puede prosperar. Jesús, que es la luz y la verdad y la bondad, entra en la noche. La noche, en definitiva, es símbolo de la muerte. Jesús entra en la noche para superarla e inaugurar el nuevo día de Dios en la historia de la humanidad.

Jesús se apartó de los discípulos para orar puesto de rodillas: “«Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». Se le apareció un ángel del cielo, que le reconfortaba. Lleno de angustia, oraba más intensamente, y sudó como gruesas gotas de sangre, que corrían hasta el suelo”²².

Como ser humano, Jesús se siente impulsado a rogar que se le libre del sufrimiento, pero acepta la voluntad de Dios. Así tiene sentido todo sufrimiento. Si Dios, siendo Dios, sufrió lo que sufrió, padeció lo que padeció,... nuestro sufrimiento, nuestro padecimiento físico y anímico, las pequeñas contrariedades de nuestra vida y las grandes desgracias que nos puedan acaecer, tienen sentido en este contexto del padecimiento del propio Dios.

²²Lc 22, 39-44.

La frustración, el desánimo, la desgracia, la deslealtad, la enfermedad, la tristeza, el dolor y la muerte son parte de nuestras vidas, una realidad que, por mucho que se quiera evitar o esconder, se hace presente en este valle de lágrimas. Aceptar que la gloria de Dios, su voluntad, es siempre más importante que nuestros deseos y que nuestra voluntad, es lo que da verdadero sentido a nuestra vida. Dios no nos libera del dolor, de la pena, ni del sufrimiento, pero sí del sinsentido del dolor, de la pena y del sufrimiento.

Tras su oración en el huerto de Getsemaní, Jesús despertó a los discípulos que estaban durmiendo: “«Mirad, está cerca la hora, y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos, vamos! Ya está aquí el que me entrega». Todavía estaba hablando, cuando apareció Judas, uno de los doce, encabezando un tropel de gente con linternas, antorchas, espadas y palos, mandado por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta contraseña: «Al que yo bese, ése es; detenedlo». Después se acercó a Jesús y le dijo: «¡Salve, Maestro!» Y lo besó. Pero Jesús le contestó: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?». Entonces se acercaron a Jesús y le echaron mano para detenerlo”²³. Y Jesús se lamenta por esta traición: “Amicus meus, osculi me tradidit signo” (“Mi amigo me traiciona con un beso por señal”²⁴).

Una vez preso, comenzó el proceso a Jesús. Ante Anás, ante el pontífice Caifás y ante el gobernador Pilato, que “tomó a Jesús y lo mandó azotar”. “Y los soldados se llevaron a Jesús al pretorio, le desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y, doblando ante él la rodilla, se burlaban de él, diciendo: «¡Salve, rey de los judíos!»». Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo: «Ecce Homo. Aquí lo tenéis»”²⁵.

Ecce Homo. Este es el hombre que Pilato presentó al pueblo, momento que también evoca el Jesús de Medinaceli de esta misma iglesia del Carmen:

Jesús de Medinaceli
que en el Carmen te venero,
a tu paso me emocio
viéndote como te veo.

²³Mt 26, 47-50.

²⁴Tomás Luis de Victoria: *Responsorios de Semana Santa*.

²⁵Jn 19, 5.

En cada Semana Santa,
 el miércoles ya vencido,
 pones nudo en mi garganta
 porque a tu mirar sereno,
 a pesar de espinas tantas,
 no hay quien no pueda alabarte
 en cada Semana Santa.

Luego le escupieron, le quitaron la caña y le golpearon con ella la cabeza. Y, terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar. Tomaron a Jesús, y Él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado de la Calavera (que en hebreo se dice Gólgota).

La cruz era un instrumento de una muerte infame y humillante; la muerte en cruz estaba reservada para los más viles criminales, malvados y malhechores. Pero en el momento en que Jesús cargó con la cruz para llevarla al Calvario, de ser signo infamante pasó a ser el salvoconducto y símbolo de amor inconmensurable: “Porque tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna”²⁶.

Camino del Calvario comenzó Jesús su vía crucis. Como el que con fervor tiene lugar en la noche del Martes Santo, partiendo de nuestro querido Seminario.

Presto está a salir el vía crucis
 que ante el Seminario ha anochecido.
 Es Martes Santo y visten los balcones
 las estaciones de su recorrido.
 Al Ecce Homo, con mirada pía,
 miran los burgenses conmovidos
 y a la Virgen de la Soledad
 con dolor acompañan afligidos.
 Y en medio Tú, Jesús crucificado,
 clavado en una cruz y escarnecido.
 En medio, como guía y referencia
 entre corazones guarnecido.

²⁶Jn 3, 16.

Jesús toma la cruz: “Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos apestado, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable vino sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre Él todos nuestros crímenes”²⁷. “Ciertamente Él cargó con nuestras debilidades y con nuestros sufrimientos. Por sus heridas hemos sido sanados. Dulce madero, dulces clavos y dulce peso que has llevado”²⁸.

Jesús toma la cruz: “Si alguno quiere venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, cargue con su cruz y me siga”²⁹. Él, por delante... con la cruz y por la cruz a la luz, porque no nos empuja al sufrimiento, sino que lo comparte con nosotros y quiere que tengamos vida y la tengamos en abundancia³⁰. Una sola gota de sangre hubiera sido suficiente para nuestra expiación, pero, como apunta Santo Tomás de Aquino, “secundum sufficientiam, una minima passio Christi suffecit... sed secundum convenientiam, sufficiens fuit quod pateretur omnia genera passionum” (“en cuanto a la suficiencia, un mínimo padecimiento hubiera bastado... pero en cuanto a la conveniencia, lo suficiente fue que padeciera todo género de padecimientos”)³¹, para que alcanzáramos esa vida en abundancia. Sin cruz, no hay salvación. Gracias a la cruz que Cristo portó sobre sus hombros y a la que fue clavado, nuestras cruces tienen sentido. Sin cruz, sin muerte, no se abre la vida en Cristo, cierto; pero cierto también que la participación en la cruz nos abre la vida en Él. Imposible que la vida se nos dé sin la cruz, pero imposible que habiendo aprovechado la cruz, no se nos dé la vida.

Jesús toma la cruz camino del Calvario, y cae, y se levanta, y le vemos caído, fijando su dulce mirada en nosotros en la imagen del paso que se venera en esta iglesia del Carmen y sale en la noche del Miércoles Santo:

Sonar cerca de la iglesia
se oye el rumor del Ucero
a las faldas del castillo.
En Santa Cristina, vedlos,
están las figuras quietas

²⁷Is 53, 4-6.

²⁸Tomás Luis de Victoria: *Vere languores*.

²⁹Mt 16, 24.

³⁰Jn 10, 10.

³¹Santo Tomás de Aquino: *Summa Theologiae* III, 46, 5.

de los pasos, en silencio.
Noche del Miércoles Santo
envuelta en luz de misterio,
de procesión del Perdón
que de Osma sigue saliendo
con ese Beso de Judas,
¡ejemplo de tantos besos!,
y con la Flagelación,
¡qué duros tales flagelos!
Nuestro Cristo de la Luz
se recorta allá, a lo lejos,
con el fondo de muralla,
al lado del puente Viejo,
y la torre de vigía,
esperando al mismo tiempo
al Coronado de Espinas
con todo el cuerpo sangriento.
Cruzan el río, despacio
yendo todos al encuentro
de los dos pasos del Carmen,
nuestro querido convento:
Jesús de Medinaceli,
con ese rostro sereno
a pesar de sus espinas,
y Jesús con el madero
caído. ¡Mirad atentos
que los seis pasos están
cruzando los pétreos suelos
ante nuestra catedral!
¡Oled el olor a incienso
antes de cantar la Salve!
¡Oíd el fervor del pueblo!.

Y Jesús vuelve a caer. Y en una de esas caídas deja impreso su rostro (“Tu rostro buscaré Señor, no me escondas tu rostro”³²) en el paño de la Verónica, una de aquellas hijas de Jerusalén a las que exhorta de forma estremecedora: “¡Hijas de Jerusalén!, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. Porque se acerca el tiempo en que se dirá: ¡Felices las estériles, felices los vientres que no concibieron y los pechos que no amamantaron! Entonces se dirá a las montañas: ¡Caed sobre nosotros!, y a los cerros: ¡Sepultadnos! Porque si así tratan a la leña verde, ¿qué será de la leña seca?”³³.

Cuando llegaron al Gólgota, lo crucificaron. La cruz. Jesús clavado en la cruz. El sol se eclipsó y la oscuridad cubrió toda la tierra: “Tenebrae factae sunt” (¡Con que profundidad, el músico renacentista español del Renacimiento, Tomás Luis de Victoria, logró transmitir en su *Officium Hebdomadae Sanctae* los textos sagrados de estos días!). El velo del templo se rasgó en dos; la tierra tembló, las rocas se rajaron; las tumbas se abrieron, y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron: “Velum templi scissum est et omnis terra tremuit... Petrae escissae sunt, et monumenta aperta sunt, et multa corpora sanctorum qui dormierant, surrexerunt”.

“Et inclinato capite emisit spiritum”.

Y ahí está el Cristo crucificado que acaba de morir.

Ese Cristo que, “a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz; por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el nombre sobre todo nombre, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble”³⁴.

Ese Cristo, del que muchos se espantaron, porque triturado por el sufrimiento, desfigurado, no parecía hombre ni tenía aspecto humano, evitado de los hombres, como un varón de dolores ante el cual se ocultan los rostros, despreciado, humillado, desestimado, maltratado, que no abría la boca, como cordero llevado al matadero, al que dieron sepultura con los malvados y una tumba con los malhechores³⁵.

Es este Dios, hecho hombre, que pasa por el trance que relatan los salmos³⁶: “Soy un gusano, no un hombre, vergüenza de la gente, desprecio del pueblo... Al verme se burlan de mí, hacen muecas, menean la cabeza... Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis

³²Sal 26, 8-9.

³³Lc 23, 28-31.

³⁴Fp 2, 6-11.

³⁵Is 52, 13-53, 12.

³⁶Sal 22 y 38.

huesos... Mis amigos y compañeros se alejan de mí, me tienden lazos los que atentan contra mí, los que desean mi daño me amenazan de muerte, todo el día murmuran traiciones. Pero yo, como un sordo, no oigo; como un mudo, no abro la boca; soy como uno que no oye y no puede replicar... Mis enemigos son poderosos, son muchos los que me aborrecen sin razón, los que me pagan males por bienes, los que me atacan cuando procuro el bien”.

¡Cómo no entender los improperios! “¡Pueblo mío! ¿Qué te he hecho, en qué te he ofendido? Respóndeme. Yo te saqué de Egipto; tú preparaste una cruz para tu Salvador. Yo te guíe cuarenta años por el desierto, te alimenté con el maná, te introduje en una tierra excelente; tú preparaste una cruz para tu Salvador. ¿Qué más pude hacer por ti? Yo te planté como viña mía, escogida y hermosa. ¡Qué amargo te has vuelto conmigo! Para mi sed me diste vinagre, con la lanza traspasaste el costado a tu Salvador. Yo por ti azoté a Egipto y a sus primogénitos; tú me entregaste para que me azotaran. Yo te saqué de Egipto, sumergiendo al faraón en el mar Rojo; tú me entregaste a los sumos sacerdotes. Yo abrí el mar delante de ti; tú con la lanza abriste mi costado. Yo te guiaba con una columna de nubes; tú me guiaste al pretorio de Pilato. Yo te sustenté con maná en el desierto; tú me abofeteaste y me azotaste. Yo te di a beber el agua salvadora que brotó de la peña; tú me diste a beber hiel y vinagre. Yo por ti herí a los reyes cananeos; tú me heriste la cabeza con la caña. Yo te di un cetro real; tú me pusiste una corona de espinas. Yo te levanté con gran poder; tú me colgaste del patíbulo de la cruz. Popule meus, quid feci tibi? Aut in quo contristavi te? Responde mihi”.

¡Cómo no preguntarse, con el salmista!: “¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?”³⁷. ¡Qué menos que adorar!: “Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per sanctam crucem tuam redemisti mundum”; “Crucem tuam adoramus, Domine et sanctam resurrectionem tuam laudamus, et glorificamus ecce enim propter lignum venit gaudium in universo mundo”; “Crux fidelis, inter omnes arbor una nobilis, nulla silva talem profert fronde, flore, germine”; “Mirad el árbol de la Cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo: Venid a adarlo”.

Adoramos la cruz. No por ser instrumento de tortura y de muerte. No por ensalzar el dolor ni por aborrecer la vida. Adoramos la cruz porque en ella Cristo quiso morir por nosotros, porque es símbolo, no de imposición, sino de amor y de vida, de la victoria del bien frente al mal y sobre el mal, de la victoria de la verdad frente a la mentira y sobre la

³⁷Sal 115 (116), 3.

mentira, de la victoria de la libertad frente a la esclavitud y sobre la esclavitud, de la victoria de la vida frente a la muerte y sobre la muerte.

Jesús expira. Todo estaba cumplido. El Viernes Santo ha cumplido su afán.

Viernes Santo. Ya es de noche.

Está la plaza repleta
para acompañar a Cristo
en su pasión, a su vera.

Ya sale la procesión,
ya todos están alerta,
pues van saliendo los pasos
como cada primavera,
como cada Viernes Santo,
en esta bendita tierra.

¡Silencio! Silencio, os pido.

No molestéis al que reza,
que nadie estorbe el momento
de quien a Dios tiene cerca.

¡Silencio! Que es Viernes Santo.

Nuestra catedral contempla
la nutrida procesión
con la cruz de presidencia
con ese Cristo clavado
al que hace una reverencia

la torre desde lo alto
queriendo tenerle cerca,
queriendo que fueran ojos
lo que tan tolo son piedras;
queriendo oír a la banda
cómo suena el *Mater Mea*,

implorando que sus bronces,
al menos cuando ella suena,
más que sonoras campanas
sensibles oídos fueran.

Había en el Calvario muchas mujeres que miraban desde lejos, unas habían seguido a Jesús desde Galilea, otras habían llegado a Jerusalén con Él. Entre estas mujeres estaban, además de su madre, María Magdalena y María, la madre de Santiago y José, y la madre de los Zebedeos. Al anoecer, llegó José de Arimatea, noble senador, miembro del Consejo, hombre recto y justo que esperaba el Reino de Dios, que había disentido con las decisiones y actitudes de los demás y que era discípulo clandestino de Jesús por miedo a los judíos, pero se armó de valor y se presentó ante Pilato para pedirle que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Pilato lo autorizó y José de Arimatea bajó el cuerpo de Jesús de la cruz y lo envolvió en una sábana. Llegó también Nicodemo. Las mujeres contemplaron el Descendimiento y el lugar en el que sepultaron a Jesús: “Crucifixus etiam pro nobis, passus et sepultus est”.

Pero antes de sepultarlo, la piedad popular nos muestra a La Piedad. Nada más desclavarlo y descenderlo de la cruz, es devuelto el cuerpo sin vida del Hijo a las manos de la Madre. Los evangelios no hablan de este episodio (nos dicen que María “stabat”, es decir, permanecía de pie junto a la cruz), ni de lo que María experimentó en aquel instante. Es como si los evangelistas, con su silencio, quisieran respetar su dolor, sus sentimientos y sus recuerdos. O, sencillamente, como si no fueran (o, al menos, no se sintieran) capaces de expresarlos. Pero nosotros sí vemos y sentimos en los dos pasos de la Piedad el Lunes Santo su dolor, sus sentimientos y sus recuerdos.

Noche de un Lunes Santo.

El redoble de tambor
anuncia, con su desgarró,
que la procesión del día
a las nueve ha comenzado.
San José llevan por nombre
los dos lugares cercanos
sitos en la calle Acosta
de donde salen los pasos.
Y la Piedad en el centro
de las miradas, del canto,
de las plegarias al cielo,
del contener de los llantos.

La Piedad, la Quinta Angustia,
 con el Hijo muerto en brazos
 que ni los evangelistas
 se atrevieron a contarlo.
 Despacio La Piedad baja
 entre un sentir allanado
 por el sufrir que la Madre
 ha sentido en su regazo.
 Y en la catedral, la salve
 sonando a fiel desagravio.

¡Qué menos que los ojos se nublen!: “Caligaverunt oculi mei a fletu meo: quia elongatus est a me, qui consolabatur me... O vos omnes, qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor similis sicut dolor meus”³⁸.

Y la Salve. Esa sentida Salve que pone fin dentro de la catedral a las procesiones del lunes, del martes y del miércoles santo. Que rellena las altas bóvedas de crucería como queriéndose escapar entre la argamasa de los sillares o atisbando un resquicio entre la policromía de los vitrales, como para llegar al cielo; cielo al que llega en la plaza de la Catedral, al final de la procesión del Viernes Santo, con los pasos quietos, tan quietos como inquieta el alma al ver a una Madre que llora lágrimas de amargura, una Madre Dolorosa con el corazón traspasado de dolor al ver a su Hijo sufriente, agonizante y muerto, una Madre que con su Soledad nos dice que no estamos solos, Dolorosa de nuestros dolores, Soledad de nuestras soledades; una Madre, regalo de Dios, mostrándonos que, aunque parezca todo perdido, tenemos motivo para la esperanza, porque “la gracia está en el fondo de la pena y la salud naciendo de la herida”.

Autorizado por Pilato, José de Arimatea se hizo cargo del cuerpo muerto de Jesús. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro excavado en una roca, era un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía, lo colocó en el sepulcro y rodó una piedra a su entrada.

Doloroso es el entierro
 de aquel hombre lacerado
 que cargó con nuestras culpas

³⁸Job 16, 17; Lm 1, 2.

y murió como un malvado
siendo tan justo y sin tacha,
siendo Dios mismo encarnado.
Se oye clamor de campanas,
se oye clamor de peñascos
¡que hablaron hasta las piedras
por tan luctuoso caso!
Colocado en el sepulcro
está Jesús entre llantos
que tornarán aleluyas
después de Resucitado.

Y la Soledad vuelve. Y recorre, junto a la cruz desnuda, el paseo de la muralla en la noche del Sábado Santo, a la espera de la Resurrección.

Sola con sola la cruz,
los ojos en ella puestos
se vislumbran junto al río
a hombros de cofrades prestos.

Virgen de la Soledad
de luto con manto negro.
La muralla iluminada
parece tener un gesto
de dolor en sus almenas
acompañando al cortejo
que se estrecha en esa calle
con soportales de enebro.

Sola con sola la cruz
en la soledad de espera.
Noche de Sábado Santo
esperando a que amanezca.

Al alborear de la Pascua, las mujeres que buscaban el cuerpo de Jesús en el sepulcro, oyeron del mensajero de Dios, vestido de blanco, decir: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí; ha resucitado. Acordaos cómo os habló estando aún en Galilea, diciendo que el Hijo del hombre había de ser entregado en poder de los pecadores, y ser crucificado, y resucitar al tercer día”³⁹: “Et resurrexit tertia die, secundum scripturas”, “resurrexit sicut dixit”.

Cuando Jesús habló por primera vez a sus discípulos sobre la Resurrección, se preguntaban qué querría decir eso de “resucitar de entre los muertos”⁴⁰. Eso de resucitar queda tan fuera de nuestro horizonte, tan extraño a todas nuestras experiencias empíricas que, como los discípulos mientras bajaban del monte de la Transfiguración, continuamos preguntándonos: “¿Qué eso de resucitar?”.

Una idea puede explicar todo el misterio salvífico y redentor, la que el arcángel Gabriel transmitió a María en el momento de la Anunciación: “para Dios nada hay imposible”⁴¹. Solo la existencia de Dios puede explicar la Resurrección. Sin Dios, la Resurrección no sería posible. Es lógico, que quienes no aceptan la realidad de Dios, consideren su Resurrección un mito, una fantasía humana para aliviar y propiciar consuelo ante las durezas y adversidades de la vida y de la propia muerte. Consideran la Resurrección un mito porque mito sería Dios mismo. Pero si se acepta la realidad de Dios, se puede también aceptar que para Él “nada hay imposible”.

“Viviréis, porque yo sigo viviendo”, nos dice Jesús⁴². Si hemos sido injertados en Cristo “por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su Resurrección”⁴³; “Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicia de todos los que han muerto”⁴⁴, enseñó San Pablo; “muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida”⁴⁵, se proclama en el prefacio de la Pascua. La Resurrección llegó después de una vida entregada, de una dolorosa pasión, de un terrible calvario, de una muerte cruel en el cadalso de la cruz y de tres días en la oscuridad del sepulcro. Después de todo ello, la gloria. Pero después de todo. Esa gloria que Jesús anticipó a sus más cercanos en la

³⁹Lc 24, 5-7.

⁴⁰Mc 9, 10.

⁴¹Lc 1, 37.

⁴²Jn 14, 19.

⁴³Rom 6, 5.

⁴⁴I Co 15, 20

⁴⁵Prefacio I de Pascua.

Transfiguración, mostrándoles en el monte santo, después de anunciar su muerte, “el esplendor de su gloria, para testimoniar que la pasión es el camino de la resurrección”⁴⁶.

La Resurrección de Jesús es la piedra angular, el fundamento, la clave del cristianismo. Sin la Resurrección, la Iglesia de Jesús sería una organización más, un grupo organizado, con unos principios ideológicos determinados equiparables a cualquier agrupación humana que busca la aplicación de unos valores en la sociedad para intentar hacerla mejor. Sin la Resurrección, estarían justificadas las interpretaciones de la figura y del mensaje de Jesús con postulados meramente sociológicos y concepciones subjetivistas y relativistas. La justificación de la acción eclesial no está fundamentada en un mensaje puramente filantrópico, sino en las verdades del Credo: en Dios Padre, en Jesucristo, su unigénito, que fue crucificado, muerto y sepultado y que al tercer día resucitó, según la fe recibida de la predicación apostólica y del magisterio de la Iglesia, por eso “...non praevalerunt”, a pesar de la condición humana, de la fragilidad, del barro, de quienes la componemos. Poner en duda la divinidad de Cristo, por influjo de cierto racionalismo gnóstico, desviándose de la tradición apostólica, es negar su misión salvífica y redentora⁴⁷. Y si Cristo no resucitó “vana es nuestra fe”⁴⁸. Todas las verdades, incluso las más inaccesibles a la mente y a la condición humana, encuentran su justificación si Cristo, al resucitar, muestra la prueba definitiva de su divinidad.

Cristo nos da la oportunidad de salvarnos y vivir siempre felices en compañía de Dios. El hombre, libremente, elige el camino. San Agustín ya advirtió que “el que te creó sin ti, no te salvará sin ti” y, como se dice en el libro del Eclesiástico, “delante del hombre están muerte y vida: le darán lo que él escoja”⁴⁹. En ese ejercicio de libertad, ¡ojalá podamos ver nuestros nombres escritos en “el libro de la vida” que nos revela el Apocalipsis!⁵⁰.

Pascua es el paso de la muerte a la vida. La vigilia Pascual, en la noche del Sábado Santo, es la celebración más importante de la Resurrección de Cristo, con el fuego pascual con el que se enciende el cirio -“luz de Cristo”-, con la proclamación de la gloria de su Resurrección en el *Exultet*, pregón pascual, con las lecturas que muestran el proceso de la creación del mundo, del hombre, del pueblo elegido, con un evocador

⁴⁶Prefacio de la Transfiguración.

⁴⁷Conferencia episcopal española, CVII Asamblea plenaria: *Jesucristo, salvador del hombre y esperanza del mundo. Instrucción pastoral sobre la persona de Cristo y su misión*. Madrid, 21-IV-2016.

⁴⁸I Co 15, 14.

⁴⁹Eclo 15, 17.

⁵⁰Ap 20, 12.

simbolismo de la luz y del agua. La luz es verdad, sabiduría, gracia, vida, frente a la oscuridad que es mentira, ignorancia, pecado y muerte. Cristo es la luz del mundo, ejemplificada en el cirio pascual, que se sumerge en el agua vivificadora y purificadora. La luz del cirio pascual, que en la procesión a través de la catedral envuelta en la oscuridad de la noche se propaga en una multitud de luces, nos habla de Cristo como verdadero lucero matutino, que no conoce ocaso, nos habla del Resucitado en el que la luz ha vencido a las tinieblas.

El velo de pasión de nuestra catedral en la Vigilia Pascual no se desgarró en dos, de arriba abajo, como el velo del templo de Jerusalén en el primer Viernes Santo, sino que bajó cadencioso a los sonos del *Gloria in excelsis Deo* y del jubiloso volteo de campanas, a plena luz, dejando de nuevo al descubierto el renacentista retablo mayor que había estado oculto durante el triduo sacro hasta esa noche.

La victoria de la cruz salvadora es que el bien ha vencido al mal; la vida, a la muerte. Por eso hay que estar exultantes:

“Exulten por fin los coros de los ángeles,
exulten las jerarquías del cielo,
y por la victoria de rey tan poderoso
que las trompetas anuncien la salvación”.

Y tras esa noche “de gracia, en la que por toda la tierra, los que confiesan su fe en Cristo, son arrancados de la oscuridad del pecado, restituidos a la gracia y agregados a los santos; en que, rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso; noche santa, clara como el día, que lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes, expulsa el odio, trae la concordia y doblega a los poderosos; noche dichosa en que se une el cielo con la tierra, lo humano con lo divino”...la mañana.

Y en la mañana de Pascua, el encuentro. El encuentro en la plaza Mayor entre Jesús y María, entre el hijo y la madre que torna su manto negro de luto, por el blanco de alegría. El luto no prevalece, porque no prevaleció la muerte, sino la vida.

Dos mil años después, ninguno de nosotros ha sido testigo directo, ha visto con sus ojos los hechos que celebramos en Semana Santa. No podemos decir, como San Juan, que “el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad”⁵¹; no podemos decir, como San Pedro que “nosotros somos testigos de todo: lo

⁵¹Jn 19, 35.

mataron colgándolo de un madero, pero Dios lo resucitó al tercer día y nos lo hizo ver”⁵²; no podemos decir que hayamos visto el sepulcro vacío, con las vendas por el suelo y el sudario enrollado, como el propio San Pedro y el otro discípulo que corría más que él, y que “vio” y, por eso “creyó”. Pero sí podemos tener fe por la gracia de Dios y por los testimonios de aquellos a quienes Jesús encargó “predicar al pueblo, que los que creen en Él reciben el perdón de los pecados”, la vida eterna; testimonios que se nos transmiten “para que también vosotros creáis”; testimonios que, si no se produjeran, “si ellos callasen, gritarían las piedras”⁵³. No faltan piedras en El Burgo que hablan de cómo ha llegado aquí la cruz y la luz de Cristo, de cómo ha echado sus raíces en esta capital diocesana. ¡Ójala –como pidió Juan Pablo II – “que las piedras no hagan ruborizarse a los hombres; que nuestros corazones y nuestras conciencias griten más fuerte que ellas”!⁵⁴

Nosotros no somos testigos directos, pero somos dichosos de no haberlo sido. Así se lo hizo ver a Santo Tomás el propio Jesús: “¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto”⁵⁵. Desde esta dicha de los que creen sin haber visto, invito a todos a vivir con intensidad la Semana Santa de El Burgo de Osma: a llenar la catedral y los diversos templos participando en las celebraciones litúrgicas; a disfrutar de los conciertos de la coral Federico Olmeda, seguidamente, y de la Banda de Música en el concierto del Jueves Santo y en las procesiones; a salir a las calles con todos los sentidos prestos para ver pasar cruces, estandartes, cirios, capuchones, pasos,...; para escuchar los sonos de la música; para oler el incienso, la cera ardiente y las flores primaverales que adornan los pasos, los altares y los monumentos; para gustar el anticipado deleite esperanzador de la gloria prometida; para tocar el manto de la Virgen y besar la cruz; para sentir la emoción de estos sagrados días, reconociendo el mérito de quienes hacen posible que podamos vivir, como deseo para todos, una feliz Semana Santa y una feliz Pascua.

⁵²Act 10, 34-43

⁵³Lc 19, 39-40.

⁵⁴Juan Pablo II: *Homilía en la misa del Domingo de Ramos*. Plaza de San Pedro, 30-III-1980.

⁵⁵Jn 20, 29.